

# Desafección o pasotismo: diagnóstico evangélico

NICOLÁS RODRÍGUEZ CASTELLANO

Abogado

## Resumen

No es tema nuevo el desinterés y hastío del ciudadano por la política o debate público, que parece haberse incrementado en los últimos tiempos por razones de todos conocidas. Y ello a pesar de todas la ventajas que parece ofrecer nos el sistema que hoy tenemos, y que costó obtener. Pero, no obstante, este no es un fenómeno sólo español, como pueda parecer a pesar de la que “está cayendo”. Ya desde casi el primer momento de la creación de los sistemas parlamentarios, se han planteado las crisis o defectos de este sistema, como es el caso del gran pensador Weber y otros, que han hecho diagnósticos que han sido premonitorios de la crisis y graves defectos de este sistema político moderno que traerían las inevitables desilusiones y desencantos a todos.

En el caso español, la famosa palabra del “pasotismo” surgida en los momentos de la España en Transición para referirse a determinadas actitudes, en determinados grupos, ha pasado a extenderse a amplias capas de la población, que ya no tienen ningún reparo en reconocer esta postura negativa. Pero, refiriéndose a lo mismo y utilizando un lenguaje más apropiado, los medios de análisis y de masas utilizan la palabra “desafección” para referirse a esta actitud individual o colectiva que puede tener un sentido negativo o positivo en la búsqueda de lograr que el sistema mejore, que satisfaga las esperanzas de los ciudadanos. Por ahora, las estadísticas no hacen sino señalar el aumento de este fenómeno.

Por supuesto la Iglesia, a la luz del Evangelio, ha tenido una posición clara de que el cristiano participe en la construcción de la sociedad de una manera activa, y siempre buscando el bien común. Hay bastantes ejemplos

que demuestran esta posición. Los últimos papas han hecho bastantes acciones en este sentido: concilio, sínodos, encíclicas, etc. También la Iglesia, en muchos aspectos, ha impulsado movimientos políticos, organizaciones, academias de formación, etc. con la intención que ha propuesto el fundador de traer su revolución a los asuntos del César. Es ahora nuestro momento, como desde el principio, pero tenemos el mensaje y el ejemplo. No podemos estar, de ninguna manera, insensibles o ignorantes. No tenemos excusa.

## 1. Introducción

En momentos como los actuales, y ante la situación no sólo nacional, sino también mundial, es necesario tener en cuenta el innegable fenómeno de la indiferencia de los ciudadanos ante la política o asuntos públicos o generales, sean estos grandes o chicos. Y, aunque *a priori* sea un tema tratado en demasía, en muchísimos foros, medios de masas, publicaciones, etc., es un tema que, a la fuerza, ha de interesar a aquellos que se llaman seguidores del Evangelio, porque la participación en lo público es un servicio, es un deber, y no se puede eludir. A nuestro entender, y como ya señala, por su evidente relación, con los otros apartados tratados en este XVII Congreso, esta desilusión, este desinterés puede conducir a unas realidades deplorables e inquietantes, como el populismo, pérdida de ilusión en los más jóvenes, etc. Y es que parece, que no hay plena conciencia, que hay mucho que perder, que nos jugamos mucho, con posturas pasivas o indiferentes. Más aún, cuando tenemos un compromiso con nuestra fe, que debe iluminar nuestra actuación.

## 2. El problema desde un punto de vista meramente laico o sociológico

Por supuesto, el fenómeno aunque lo parezca no es actual, porque que las cada vez mayores desagradables realidades que nos acontecen en este momento estén produciendo mucha decepción y hastío a la población no quiere decir que sean fenómenos recientes, ni exclusivos de los hispanos. Así, como paradigma, podríamos remontarnos a la famosa conferencia de Max Weber de 1918, la célebre “La política como vocación”, en la cual discutía los cambios que estaban transformando a los países occidentales en aquel momento. Y de aquellas situaciones, hoy somos herederos. La idea de vocación (tomando del discurso lo que nos interesa para esta comunicación, por supuesto) es ajena a la condición de político, tanto del elegido como del votante, y solo se identifica con la bús-

queda del poder. Las estructuras, las camarillas, etc., la vieja dicotomía entre el “ser” y el “deber ser”, hacen que el gran pensador se plantee:

¿Podemos escapar al control de los burócratas y tecnócratas en las sociedades complejas? ¿Se puede frenar la tendencia de los partidos a la oligarquía? ¿Vivimos en una partitocracia? Ya se lo planteaba el gran pensador, desde principios del siglo pasado. Y, por otro lado, Schumpeter declara: “La vida política, deja poco margen a la participación directa”.

Con este planteamiento, él consideraba a la democracia, como medio para exigir a los encargados de adoptar las decisiones y fijar contrapesos, para limitar excesos... Aunque para Weber la democracia tenía una forma ordenada de participación por más que fuera inestable ello no significaba que asumiera el protagonismo.

No obstante, es evidente que, a pesar de las muchas desilusiones y de los pésimos modelos que nos rodean, la política sigue siendo en cambio un aspecto fundamental para la construcción de la vida colectiva, como es evidente. Y así señala los ejemplos de Cicerón, Edmund Burke y Vaclav Havel, que escribió: “No es verdad que una persona de principios sólidos no debe dedicarse a la política; basta con que estos principios estén animados por la paciencia, por la capacidad de decisión, por la medida de las cosas y por la comprensión hacia los demás. [...] La política como práctica de la moralidad es una realidad posible”.

Pero el oficio de la política es aquello que determina si todos los demás ingredientes de la vida civil pueden desarrollarse o no. Si se tiene en cuenta cuánto depende del hecho de practicar bien este oficio tan aburrido, arriesgado y sucio, y cuánto depende de hacerlo de manera plena y responsable, quizás entonces, después de todo, ya no parecerá tan ridículo pensar en la política como una vocación. Desde un punto de vista meramente laico, él creía en la vocación política, aunque hoy parezca todo lo contrario.

Él se planteaba: ¿Cómo preservar el individualismo y la libertad frente a la burocracia, que ya se veía con un poder y control cada vez mayor? Para él, el parlamentarismo y la participación política eran inevitables, aunque él hablaba de la cada vez mayor oligarquía de los partidos políticos.

En definitiva, hoy la situación no ha cambiado desde aquella postura mantenida por Weber. Sus pronósticos han sido de lo más acertado.

### **3. El pasotismo o la desafección**

Una sociedad como la española vivió años sin democracia en el sentido de que el pueblo no tenía una participación directa en los asuntos públicos, y

aparecieron aquellos grupos de oposición al sistema a través de manifestaciones o peticiones, tanto internas o nacionales como internacionales, con un objetivo común: la libertad de acción y expresión, donde ya no decidirían uno o pocos, sino con la participación de todos, y aceptaron con ello lo bueno o malo que tendría llevar esa responsabilidad de la cúspide a la base.

Si la idea era construir con base popular lo más directa posible, con la implicación de la base, de los ciudadanos (este punto, sería objeto de otra discusión), ¿hasta dónde llega la responsabilidad y la inmadurez de una población que no sabe valorar el fabuloso tesoro de una democracia como la española que, con sus defectos, está a la altura de cualquier democracia moderna y avanzada, en comparación con la mayoría de los países del planeta, en este momento? Ello, hace que debamos plantearnos: ¿dónde está el origen de ese desinterés o abstencionismo, que causas lo traen? ¿Es un fenómeno espontáneo natural o por erosión, o está produciéndose a causa de unas políticas que lo buscan necesariamente o indirectamente? ¿Tiene ello que ver algo con el carácter ibérico, que suele ser anárquico o individualista?

Ello nos trae a la memoria que, en los inicios de la Transición Española, al inicio de la actual democracia, se empezó a acuñar el término “pasota”, y un exponente de relieve de aquella época fue la frase de Tierno Galván: “Colocaos”, en el mayor auge de la movida madrileña. “De aquellos polvos, vientos estos lodos” de este fenómeno de sobra conocido, pero que nos ha de hacer pensar si fue buscado o con otra intención, pero que se ha aumentado hasta lo que tenemos en la actualidad.

Hay que señalar que, dicho pasotismo, se suele relacionar como la reacción ante los ilusionados movimientos de mayo del 68, con aquellas juventudes que, con una explosión de entusiasmo, de buena fe, de creencia en el prójimo, de solidaridad, de otro mundo posible, de creer en el fondo y en la forma en la política como cambio y solución, pero, claro, la realidad que sucedió luego llevó al desencanto, al descrédito y a movimientos “anti”, etc. Entre ellos el que, en España, conocemos como “pasotismo”. Que tomado del lenguaje “Cheli”, se utiliza para referirse a una persona indiferente, a las cuestiones que se suscitan en la vida común de un entorno social. Se popularizó, en los años 80, para denominar peyorativamente a individuos que se situaban deliberadamente tanto al margen del orden social como de los movimientos contraculturales y de todo el problema del momento con frase del “yo paso”.

Ello ya llevó a tomar interés entre los estudiosos del fenómeno político, y existen bastantes estudios y trabajos sobre el tema. Así por ejemplo, el

catedrático Enrique Arnaldo<sup>1</sup> señala: “El peligro acecha por el lado del acratismo, de una parte, y del pasotismo, de otra. Y ya escribí un famoso constitucionalista que el peligro que presenta la democracia es que los titulares de la soberanía dejen de acudir a emitir su voto. ¿Cómo se legitima entonces un sistema democrático sin votantes?”.

Es por ello que ha surgido un término que define esta situación de manera precisa, o más técnica: se trata de la desafección, que aparece cada vez más en los medios públicos cuando se habla de este fenómeno. Y es que se trata de un término poco preciso con el que se intenta describir la creciente desconfianza y el distanciamiento entre la ciudadanía y sus representantes. El dato que mejor ilustra este fenómeno y que más ha captado la atención de los medios es la caracterización de la clase política por parte de la opinión pública como uno de los principales problemas del país. Así, por ejemplo, y tomando en consideración las estadísticas del CIS, por ejemplo, en un análisis del año 2012, casi uno de cada tres españoles identificaba a los políticos y a los partidos entre los tres problemas más importantes de España. Un año atrás esa misma valoración se daba en uno de cada cinco ciudadanos. Imaginemos a estas alturas y, más aún, con lo que se debe de sentir en la población la situación política al momento de celebrarse este Congreso.

La desafección política es un problema grave. Lo será más si deja de estar vinculada a los acontecimientos coyunturales (los casos de corrupción o las consecuencias de la crisis económica) y se convierte en un aspecto estructural del sistema político, que ese parece ser el alto riesgo. Algunos quizás confíen en que la mejora de la situación económica o el olvido lo cure todo, como ya ocurrió en el pasado, y parece creer este gobierno, con acciones, que parece de pura cosmética. Las series de barómetros del CIS muestran que ya en el año 1995 aumentó de manera significativa la desconfianza hacia la clase política en un contexto donde también se combinaban corrupción y crisis económica.

Sin embargo, no hay muchos motivos para creer en una recuperación inmediata de la confianza de los ciudadanos hacia sus representantes. En primer lugar, porque la intensidad de la desafección es mayor en la actualidad. Los máximos niveles de desconfianza a mediados de los noventa eran casi diez puntos inferiores a los que tenemos ahora. En segundo lugar, porque en esta ocasión la desconfianza es algo más que la reacción coyuntural de los sectores más vulnerables ante la crisis económica. Los ciudadanos más perjudicados por la coyuntura económica, como los parados, los pensionistas, o

<sup>1</sup> ARNALDO, Enrique. La ética de los valores. En: *El Imparcial*.

los que tienen menos estudios no muestran más desconfianza hacia la clase política que el resto. Más bien al contrario: jubilados y amas de casa o gente sin estudios son los que menos identifican a los políticos como principal problema. Por último, la desafección política se ha incrementado especialmente entre los jóvenes y los estudiantes. Todo ello nos hace pensar que la desafección política en España puede permanecer en el futuro.

A pesar de esto, también existe una lectura positiva de la desafección. La desconfianza hacia la clase política no es sinónimo de pasotismo, como en ocasiones se interpreta, sino de ciudadanos más críticos y exigentes con el sistema. Quienes perciben a los políticos y a los partidos como problema tienen más estudios y se consideran más informados sobre política que el resto. Además, aunque están más insatisfechos con el funcionamiento de la democracia, muestran mayores niveles de apoyo a este sistema como mejor régimen político (Barómetro del CIS de noviembre de 2010).

Por eso, aunque tradicionalmente se asocia la desafección política en España con ciudadanos alejados y desinteresados de la política, no es ese el caso de la creciente desconfianza de la ciudadanía española hacia sus representantes políticos. En definitiva, la desafección no es fruto de la despreocupación o de actitudes negativas hacia la política en general, sino de la insatisfacción con el funcionamiento del sistema de ciudadanos que se interesan por los asuntos públicos. Aunque las posturas que se toman no ayudan en nada a mejorar el sistema político.

#### **4. Planteamiento desde el punto de vista católico**

Como católicos en una España cada vez menos interesada en seguirse por las enseñanzas evangélicas, también nos vemos consternados y arrastrados por ese pesimismo e impotencia, como el que más, y que hemos venido analizando y tratando en los párrafos anteriores, pero no podemos, por supuesto, quedarnos en una postura como si no fuera nada lo que pudieramos hacer o una resignación negativa, pero por supuesto, con una clara consigna evangélica: “Hay que obedecer a Dios, antes que a los hombres” (Hechos 5, 29).

Debemos participar en la política, en todas sus manifestaciones y en todos los estratos, ya sea con una postura activa o simplemente de votante, teniendo además claras aquellas palabras de San Juan Pablo II: “El hombre no puede separarse de Dios, ni la política de la moralidad”. Indudablemente buscando siempre el bien de todos, que es nuestro prójimo. Este gran papa llama a los laicos a que se ocupen de la cosa pública, por ejemplo, en su exhortación apostólica *Christifideles laici* sobre la misión de los laicos en la

Iglesia y el mundo, que resume la enseñanza del Concilio Vaticano II, las recomendaciones del Sínodo de los Obispos y sus intervenciones en muchos foros. Él proclama, citando la *Gaudium es Spes*: “La Iglesia tiene en gran consideración y estima la actividad de aquellos que se consagran al bien de la cosa pública y asumen cargas por el bien de todos” y también reconoce y se considera consciente de que para muchos cristianos la política es un lugar de peligro moral “donde el hombre se confronta a la tentación y a la realidad del arribismo, la idolatría del poder, el egoísmo y la corrupción. Pero, a pesar de ello, y a pesar de toda la mala reputación de los medios políticos, ello no justifica el alejamiento del mundo ni el escepticismo, ni el abstencionismo de los cristianos de la cosa pública”. Y como el objetivo de la actividad pública es el ejercicio del poder y realizar el bien común, el cristiano debe tener espíritu de servicio, con competencia y eficacia.

Además el Catecismo de la Iglesia Católica (pp. 898- 890) afirma que el papel de los laicos de ocuparse de la política, que su vocación propia, es tener a cargo la gerencia de las cosas temporales, y su iniciativa es necesaria para regir las cosas temporales y dicha iniciativa es particularmente necesaria.

Recientemente, este 18 de octubre de 2015, el Papa Francisco señaló: “Es incompatible el poder mundano y ser humilde como Jesús.[...] En la comunidad cristiana el modelo de autoridad es el servicio”. El que sirve a los demás y vive sin honores ejerce la verdadera autoridad en la Iglesia...

Nos invita a cambiar la mentalidad y el afán de poder al gozo de desaparecer y servir, al abuso sobre los demás.

Aunque en tiempos recientes, en la Europa moderna, la Iglesia, los movimientos católicos, han impulsado la participación política. Son bastantes los ejemplos en los diferentes años y países: la creación de la democracia cristiana, los movimientos como este de la ACdP, la participación en movimientos sociales y obreros, la participación en la creación de las grandes organizaciones internacionales, la participación en las grandes conferencias y tratados internacionales, etc. que indudablemente, han dejado su huella en muchos sentidos.

Sin embargo, la otra frase, “mi reino no es de este mundo”, no ha sido asumida con la misma radicalidad. A lo largo del tiempo, la Iglesia ha sido, unas veces más otras veces menos, contemporizadora con los dos grandes valores de este mundo: el poder político y el dinero. Desde el momento en que el emperador Constantino hizo del cristianismo la religión oficial del Imperio Romano, las altas autoridades de la Iglesia han estado muy relacionadas con las altas autoridades del Estado. Se aceptó la convergencia de objetivos de una parte y de otra. En los viejos tiempos, los reyes y el Papa,

los duques y marqueses y los obispos constituían una élite de poder político decisorio bastante coherente entre ellos. Eran los tiempos que se llaman de la “cristiandad”, que tantos claroscuros de análisis histórico viene llevando.

En la actualidad las cosas ya son diferentes (que es el período que nos interesa). Con la llegada de las democracias parlamentarias y de los partidos políticos, la cúpula del poder político está fraccionada entre el partido gobernante y el partido de la oposición. Con el advenimiento de la Revolución Industrial y el desarrollo del sistema capitalista, la riqueza se ha desplazado de la tenencia de la tierra a la gestión del capital financiero. En este nuevo orden de cosas, la frase de Jesús sigue teniendo sentido: mi reino no es de este mundo. Mi reino no tiene nada que ver ni con los partidos políticos, ni con el poder de las finanzas. Mi reino es otra cosa.

Hay una tendencia generalizada a pensar que ciertos partidos son favorables y simpatizantes con la Iglesia, y que otros, por el contrario, le son adversos. Consecuentemente, los católicos deberían alinearse con unos partidos, y alejarse de los otros; la Iglesia, actuando con prudencia y realismo, se acoge al paraguas protector de unos partidos, y elude los planteamientos de los otros. Esta forma de pensar no pasa de ser una herencia ideológica poco contrastada. Desde la Revolución Francesa para acá se acepta con bastante generalidad que la derecha favorece a la Iglesia y a la predicación del Evangelio de Jesús, y que la izquierda la dificulta e incluso la impide. En algunos casos ha sido así efectivamente. La persecución a la Iglesia católica en la Unión Soviética es un caso evidente. En otros casos es al contrario. Allá por los años 80 en El Salvador la derecha distribuía unas pegatinas con el siguiente lema: “Sea patriota, mate un cura”. Así mataron a monseñor Romero y a seis jesuitas de la Universidad Centroamericana (UCA). Por ello, a veces no aparece claro dónde están los verdaderos partidos que deben votar los cristianos.

La fe cristiana no tiene que ver con las ideologías políticas. La fe en la resurrección de Jesús no tiene nada que ver con la nacionalización de la banca o la privatización de las empresas. Se puede ser creyente y pensar que a la sociedad civil le conviene más una manera de organizarse que otra. El reino del cual hablaba Jesús es el reino de la verdad, de la justicia y de la paz. Pero Jesús nunca pensó construir este reino desde el poder, sino desde la conversión interior de las personas.

Está claro que, en este momento, en nuestro país, ningún partido representa a la Iglesia y, por ello, los católicos pueden militar o dar su voto libremente al partido o al candidato que mejor responda a sus convicciones personales, con tal de que sean compatibles con la ley moral natural y que sirvan sinceramente al bien común de la sociedad. Pero tenemos el deber de

formarnos con los principios éticos de la Doctrina Social Cristiana sobre los derechos y deberes políticos de los fieles laicos, ayudando a formar una conciencia social, como se ha venido haciendo, especialmente en estos últimos siglos.

Y, por otro lado, la moral, el cumplimiento del bien, es verdadera oposición, y sólo el bien puede preparar el impulso hacia lo mejor. Para un creyente en Jesucristo no pueden existir dos tipos de moral política: una moral de la oposición y una moral del poder. Sólo existe una moral: la moral como tal, la moral de los mandamientos de Dios, que no se pueden dejar en la cuneta ni siquiera temporalmente, y ahí está la verdadera revolución.

También hay que traer a colación el clásico principio de subsidiariedad, en el cual se han de basar los católicos, sobre todos aquellos que tienen responsabilidades, apoyándose en la Doctrina Social de la Iglesia, la democracia política, social y económica y fundada sobre el respeto y el reforzamiento de las iniciativas de los individuos y grupos intermedios ante el Estado. La Doctrina Social de la Iglesia, es sabido, privilegia a la persona frente a los poderes y estructuras superiores<sup>2</sup>. Así, Juan XXIII, en su *Mater et Magistra*, nos dice que todo lo que la iniciativa personal y los grupos intermedios pueden cumplir por sus propios medios, debe ser hecho por ellos. Y San Juan Pablo II, en su *Familiaris Consortio*, señala que el Estado no puede quitar a las familias las tareas que ellas pueden realizar solas, o en asociación con otras.

En definitiva, el principio de subsidiariedad es otro claro exponente de que el cristiano en cuanto que es persona, y ciudadano, no puede dejar hacer, no puede, en un arranque de escepticismo, dejar de hacer algo para que lo hagan otros. Y menos motivo aún en estos periodos críticos.

## 5. Joseph Ratzinger

En apartados anteriores, ya veíamos cómo, desde un punto de vista laico, se intentan llevar una serie de valores, de principios, que se presumen necesarios para la vida política. Así, como señala el citado, más arriba Catedrático<sup>3</sup>: “Con la misma ingenuidad que los constituyentes de Cádiz, sólo nos atrevemos a apostar por la cultura de los valores que está en el frontispicio de nuestro sistema democrático: el rigor, la honradez, la moralidad, la profesionalidad, la integridad, el respeto, el patriotismo, la defensa de los intereses

<sup>2</sup> PÍO XI. *Quadragesimo anno*. 15 mai 1931. JUAN XXIII. *Mater et Magistra*. 15 mai 1961. JUAN XXIII. *Pacem in terris*. 11 avril 1963.

<sup>3</sup> ARNALDO, Enrique. La ética de los valores. En: *El Imparcial*.

generales. La ética de los valores es la única tabla de salvación ante la crisis más profunda que vive España desde el 98”.

Este desde un punto de vista laico, pero la Iglesia tiene su receta. Así, por ejemplo, en 1946, Pío XII dijo a un grupo de jóvenes que comenzaban en la política, entre ellos el que luego fue gran estadista italiano, Alcides De Gásperi: “Id al Parlamento para servir; no cedáis en cuestión de principios; tened las puertas abiertas pues la democracia significa colaborar; no penséis en vuestros intereses particulares, sino en los de la comunidad. Id al Parlamento con espíritu ágil: capaz de subir escalones si os piden desempeñar puestos de responsabilidad, pero también de bajar con elegancia y humildad cantando alabanzas al Señor [...] sin romperos el ‘fémur espiritual’ que es una de las fracturas más peligrosas”.

Traemos a colación, por lo que nos pueda servir de inspiración y guía, por bella que es la Carta a los Políticos, que emanó de la Conferencia Episcopal mejicana en 2003.

“Hijo de Dios omnipotente y eterno, Creador, Rey y Señor de la historia, Supremo Legislador, de quien emana y depende todo poder: nosotros, hombres y mujeres políticos católicos, sobre quienes recae la carga del servicio a la nación, imploramos la ayuda de Tu Espíritu para el ejercicio de la política como ciencia, arte y virtud, para edificar la justicia social y el bien común. Danos, Señor, la gracia de testimoniar, como Tomás Moro, la inalienable dignidad de la conciencia, sin abandonar la constante fidelidad a la autoridad y a las instituciones, para que sepamos afirmar con nuestra vida y con nuestra muerte que el ser humano no se puede separar de Dios, ni la política de la moral. Danos fortaleza para animar con el espíritu del Evangelio el orden temporal, respetando su naturaleza y su legítima autonomía. Infunde en nuestros corazones la humildad necesaria para reconocernos siervos inútiles y el valor y la perseverancia necesarios para hacer todo como si todo dependiera de nosotros, abandonándonos en Ti porque todo depende de Ti.

Enséñanos, Señor, a ser congruentes, coherentes con nuestra vida para que sepamos promover la verdad moral objetiva e irrenunciable que implica: defender la vida humana y su dignidad desde la concepción hasta la muerte natural; tutelar a la familia fundada por un hombre y una mujer y protegerla en su unidad y estabilidad; reconocer la libertad de los padres en la educación de sus hijos; eliminar cualquier

forma de esclavitud o discriminación de las personas; impulsar el derecho a la libertad religiosa; desarrollar una economía al servicio de la persona en un marco de justicia, solidaridad y subsidiariedad y trabajar incansablemente por la paz que es siempre, obra de la justicia y efecto de la caridad.

Con el Papa Clemente XI, te pedimos, Señor, que nos enseñes a hacer Tu voluntad queriendo todo aquello que quieres Tú, precisamente porque lo quieres Tú, como Tú lo quieras y durante el tiempo que Tú lo quieras; que nos des Tu gracia para ser obedientes con nuestros superiores, comprensivos con nuestros colaboradores, solícitos con todas las personas y generosos con quienes se dicen nuestros enemigos; que nos ayudes a superar con austeridad el placer, con generosidad la avaricia, con amabilidad la ira y con fervor la tibieza; que sepamos tener prudencia al aconsejar, valor en los peligros, paciencia en las dificultades y sencillez en los éxitos. Muéstranos, te lo suplicamos, cómo hacer de la política un camino de santidad, para que nunca nos avergoncemos de Ti ante el mundo, para que Tú, Señor, no nos niegues delante del Padre.

Escúchanos, Señor, a fin de que nunca falte tu luz a nuestra mente, tu fuerza a nuestra voluntad y el calor de tu caridad a nuestro corazón, para que amemos en verdad a quienes servimos. Infúndenos un sentimiento vivo, actual y profundo de lo que es el orden social, pensado por Ti, fundado en el derecho natural; y haz que un día, justamente con aquellos a quienes tuvimos la misión de servir, podamos gozar de Ti bajo la mirada amorosa de Tu dulcísima Madre, María Santísima de Guadalupe”.

## **6. Conclusión**

No hay nada nuevo bajo el sol. Ni los problemas, ni las soluciones son desconocidas o ignoradas. Y no nos corresponde decir que, a dichas situaciones, las consideremos buscadas o creadas, o han surgido de manera espontánea o de manera afín a la condición humana, entendida esta como la parte más negativa. Es por ello que no podemos aportar algo nuevo, solo reafirmar que, dentro del marasmo de confusión y desilusión existente, el Evangelio y la Iglesia siguen teniendo y siendo referente para el ciudadano y su participación en la política buscando el bien común, aplicando los ideales cristianos.

Ya se cumplen más de 35 años desde que nuestro país se ha dotado de un sistema democrático tras aquel periodo ilusionante y lleno de esperanzas que fue la Transición. Pero, con el tiempo, el pasotismo (que en una época, pudo ser un fenómeno que pudo parecer simpático o pasajero), el desinterés, la desilusión, ha llegado hasta lo que los sociólogos llaman la desafección política, cuyas causas, corrupción, crisis, descrédito de las instituciones, etc., son un estigma terrible que afecta al futuro de nuestro sistema de convivencia, avanzado entre los avanzados.

Pero, hoy como siempre, los católicos sí tenemos que participar, sí tenemos que dar nuestro granito de arena, ser “sal y luz en el mundo”. Y no por falta de posición, o de magisterio por parte de la jerarquía o de las directrices evangélicas. Hay innumerables ejemplos en los últimos tiempos de la participación de los cristianos en la vida pública, y ello aunque a veces el esfuerzo haya parecido baldío, aunque los resultados hayan parecido inexistentes y la posición de los creyentes haya permanecido en la oscuridad o el ostracismo. Puede que no nos corresponda a nosotros el ver los frutos, pero debemos actuar de todo corazón para que “sólo Dios se luzca”.

## 7. Bibliografía

- ORTEGAY GASSET, J. *La rebelión de las masas*. Madrid: Alianza Editorial, 2000
- DUSTIN, Daniel *et al.* *La politique selon Jean Paul II*. Editions Mame, 1993.
- RUBIN, Sergio *et al.* *El Papa Francisco. Conversaciones con Jorge Bergoglio*. Ed. B, 2013
- RATZINGER, Joseph. Cristianismo y política. En: *Revista Católica Internacional*, 1956.
- PÉREZ MORENO, José. *Actitudes hacia la democracia en España: Legitimidad, descontento y desafección*.